



Análisis socio-metafórico y culturas políticas: sobre el estudio del nacionalismo falangista

Zira Box ¹

Recibido: 26-07-2017 / Aceptado: 17-03-2018

Resumen. Partiendo de la idea de que el interés del análisis socio-metafórico reside en estudiar las metáforas en tanto pistas que nos acercan a valores, presupuestos, deseos y expectativas de quienes las producen y utilizan, este artículo propone centrar dicho análisis en un sujeto colectivo suficientemente rico y, a la par, convenientemente delimitado: las culturas políticas. Definidas, estas últimas, en la línea de lo propuesto por la denominada historia cultural de la política, la primera parte de este texto está dedicada a reflexionar sobre lo que el estudio metafórico puede aportar para una mejor comprensión de las mismas, proponiendo las principales potencialidades que este tipo de análisis guarda. A continuación, en la segunda parte, se aplica lo expuesto previamente a un estudio de caso concreto: el uso que la cultura política falangista hizo de las metáforas para definir a la nación española durante los efervescentes años de la guerra civil y de la inmediata posguerra (1936-1941), subrayando de qué modo la comprensión de Falange puede verse enriquecida gracias a este tipo de enfoque.

Palabras clave: análisis socio-metafórico; Falange Española; cultura política; nacionalismo español; metáfora conceptual; nación normativa; discurso nacionalista.

[en] Socio-metaphorical Analysis and Political Cultures: on the Study of Falangist Nationalism

Abstract. This text presupposes that the main interest of the socio-metaphorical analysis lays on the study of metaphors as clues that can bring us closer to the values, expectations and desires of those who produce and use them. The article proposes focusing the analysis to a collective subject wide enough but, at the same time, conveniently delimited: the political cultures. Defining the latter in the way that has been done by the cultural history of politics, the first part of this text is devoted to reflect on what the metaphorical analysis can provide for a better understanding of political cultures, underlying the potentialities of this kind of proposal. Next, the aim of the second part is to apply what has been previously exposed to a concrete case-study: the use that the Falangist political culture made of metaphors in order to define the Spanish nation during the effervescent years of the civil war and the immediate postwar period.

Keywords: socio-metaphorical analysis; Falange Española; political culture; Spanish nationalism; conceptual metaphor; normative nation; nationalist discourse.

¹ Universitat de València (España).
E-mail: zira.box@uv.es

Cómo citar: Box, Z. (2018): “Análisis socio-metafórico y culturas políticas: sobre el estudio del nacionalismo falangista”, *Política y Sociedad*, 55(1), pp. 93-114.

Sumario. 1. Introducción. 2. Metáforas y culturas políticas: el caso del fascismo español. 3. Normativizando la España fascista: metáforas falangistas sobre la nación. 4. Final. 5. Bibliografía.

Agradecimientos. La autora participa en los proyectos “Derechas y nación en la España contemporánea. Culturas e identidades en conflicto” (HAR2014-53042-P) y “La nación en escena: símbolos, conmemoraciones y exposiciones en España y América Latina (1890-2010)” (HAR2016-75002-P). Es, igualmente, miembro del Grup d’Investigació d’Excel·lència Prometeo de la Generalitat Valenciana Grup d’Estudis Històrics sobre les Transicions i la Democràcia (GEHTID) (PROMETEO/2016/108).

1. Introducción

A principios de los años 60, Aaron Cicourel (2011: 206-208) señaló que dado que el interés de las ciencias sociales se anclaba en conocer y desentrañar el significado de las acciones y de los acontecimientos, el lenguaje estaba destinado a convertirse en el instrumento indispensable para poder hacerlo. Precisamente, esa era la década en la que el análisis del discurso iba a entrar dentro de la órbita de estas disciplinas, tanto a través de la apertura de la propia lingüística con el desarrollo de la Pragmática o de la teoría de los actos del habla, en las que se subrayaba la importancia de contextualizar los actos comunicativos, como de la mano del análisis conversacional o de la sociolingüística (Schiffrin, 1994; Íñiguez, 2003: 92-102). Desde entonces, el interés por el discurso se ha incrementado notablemente, constituyéndose en un terreno interdisciplinar teórica y metodológicamente heterogéneo en el que, a pesar de su posible indefinición, el carácter social de los discursos se ha afianzado como una aseveración indiscutible (Alonso, 1998: 188)².

Mucho menos sistemática y, en cierta medida, más tardía ha sido la atención prestada por las ciencias sociales a las metáforas. De esta manera, a pesar de que los tropos han tenido una presencia poliédrica en trabajos clásicos como el de Nisbet (1969) y la metáfora del crecimiento, utilizada para explicar procesos de cambio social, o en el de antropólogos como Victor Turner (1975) y sus análisis sobre el vínculo entre las metáforas y los rituales, en ningún caso se ha constituido como un estudio persistente. Una excepción a este respecto lo ha constituido el análisis socio-metafórico, sugerido por Emmánuel Lizcano a partir de la teoría de la metáfora conceptual desarrollada a principios de los años 80 por George Lakoff y Mark Johnson (1980 [2012]). En este caso, el punto de partida ha sido el mismo que el de la lingüística cognitiva: considerar que las metáforas no son simples figuras del lenguaje, sino elementos constitutivos de la forma humana de pensar y conceptualizar. De este modo, las metáforas, resultado de la proyección entre dos dominios semánticos y conceptuales –uno, el *dominio fuente*, más asequible y cognoscible, y otro, el *dominio meta*, más abstracto y necesitado de comprensión– vertebrarían nuestra articulación de ideas, permitiendo entender las más complejas en términos de aquellas otras más sencillas³.

² Una visión metodológica más amplia, en Alonso (2013).

³ El desarrollo y explicación de la teoría de la metáfora conceptual ha sido abundantísimo. Una excelente explicación introductoria, en Soriano (2011).

Desde este planteamiento, los conceptos tendrían, por tanto, naturaleza metafórica: serían el producto de comprender una idea de cierta complejidad con los parámetros de otra más asequible. Esta era una primera hipótesis a la que Lizcano sumaba, sin embargo, una segunda: las metáforas tendrían, a su vez, naturaleza social, porque en la elección de unos dominios y otros se traslucirían los condicionantes históricos, sociales y culturales de los sujetos que metaforizan. Concebidas de esta manera, su análisis se convertiría en un potente analizador social: a través de ellas y de sus expresiones metafóricas –expresiones que son, principalmente, verbales, aunque no solo– se podría llegar hasta las partes no visibles del discurso, ese conjunto de presupuestos ideológicos y culturales, de condiciones de posibilidad, intereses, valores y presupuestos de aquellos que conforman y utilizan las metáforas (1999; 2006: 37-71; Fernández Ramos, 2015: 56-64).

También desde el lado de la lingüística, la necesidad de tomar en consideración el aspecto social de las metáforas se ha tenido en cuenta como camino para abrir los análisis y profundizar en el entendimiento de los tropos. Así, de un primer interés por las experiencias cognitivas universales vinculadas a las capacidades de la corporalidad humana, la lingüística ha pasado a interesarse por el diálogo entre cultura y cognición como forma de dar cuenta de la indudable variedad que muestra el análisis empírico de las metáforas. De esta suerte, ante la comprobación de que sociedades diferentes elaboran los mismos conceptos utilizando metáforas diferentes, la lingüística ha sumado el factor cultural como explicación de esta incontestable heterogeneidad (Ibarretxe-Antuñano, 2013; Caballero e Ibarretxe-Antuñano, 2013)⁴.

No obstante, una de las dificultades que conlleva la propuesta socio-metafórica tiene que ver con la acotación del grupo dentro del cual circunscribir el análisis. Si, como se acaba de apuntar, en función de la dimensión social y cultural que poseen las metáforas, el interés radica en explorar las expresiones metafóricas en tanto puertas de entrada para un mejor conocimiento de las comunidades que las crean y enuncian, una de las claves se halla en determinar quiénes forman parte de esta comunidad. O dicho de otra manera: si las expresiones metafóricas nos remiten a las metáforas conceptuales y estas, a su vez, nos posibilitan atisbar factores sociales y culturales que se traslucen en su configuración, resulta necesario definir, si nos situamos desde una perspectiva de ciencia social, quién será el sujeto colectivo dentro del cual enmarcar el escrutinio metafórico con el fin de aprovechar el potencial analítico que ofrecen.

En el caso de trabajos lingüísticos, la indefinición relativa a esta cuestión ha sido notoria. Haciendo un balance sobre el necesario diálogo de la teoría de la metáfora conceptual con las ciencias sociales treinta años después de la pionera publicación de *Metaphors we live by*, Michiel Leezenberg (2013) señalaba, precisamente, la vaguedad de los lingüistas al hablar de forma genérica de *sociedad* o *cultura* para referirse, de manera compacta, imprecisa y acrítica, al conjunto de normas y valores compartidos que actuarían como base determinante para la configuración de un tipo u otro de metáforas. En algunos casos, el interés por demarcar el objeto de estudio ha llevado a recuperar la idea de *contexto* social,

⁴ Una explicación de la hipótesis de la correlación experiencial y del papel que juega la corporeización en el ejercicio metafórico según la lingüística cognitiva, en Valenzuela (2011).

histórico y físico en el que se crean tramas de sentido compartidas como forma de enmarcar el componente cultural que impulsaría el ejercicio metafórico (Kövecses, 2010); en otros, directamente se ha tomado como unidad de análisis la lengua, considerándola sinónima de cultura y circunscribiendo el sujeto colectivo sobre el que se obtendrían datos gracias al análisis metafórico a la comunidad de hablantes de un idioma determinado (Yu, 1995; Cienki, 1997). En cualquier caso, términos tan indeterminados como *sociedad*, *contexto*, *comunidad*, *cultura* o *colectividad* son los que se han utilizado mayoritariamente en las investigaciones lingüísticas abiertas a incorporar el papel jugado por el integrante cultural (Ibarretxe-Antuñano, 2013: 321-322).

En las propuestas iniciales de la socio-metafórica, el interés se ha centrado en un sujeto colectivo igualmente amplio. Interesado por los imaginarios sociales, los análisis de Lizcano (1999: 30-31; 2006) hablaban de “sustrato social, político y cultural” para apuntar a los pre-supuestos del imaginario occidental –formado, a su vez, por la tradición judeocristiana y la herencia clásica– como clave explicativa de la formación de los conceptos con los que daríamos cuenta de nuestra comprensión e interpretación del mundo. En trabajos posteriores que han partido y aplicado el análisis socio-metafórico, las referencias han sido similares, como en el caso de Susana Rodríguez (2006), que ha estudiado con detalle las metáforas bélicas y sagradas que han vertebrado el discurso institucional de la lucha contra el consumo de tabaco desde la óptica de que estas dejarían traslucir algunos de los miedos, valores y obsesiones de la denominada, de forma igualmente amplia, cultura occidental. O como en el del reciente estudio de José Carlos Fernández Ramos (2017), en el que se repiensa la idea de *Modernidad* occidental a partir de las metáforas utilizadas por Hobbes y Gracián.

Sin negar la determinación que juegan los valores nucleares de este imaginario colectivo en las interpretaciones del mundo que se reflejan en un buen cúmulo de expresiones metafóricas con las que interpretamos la realidad –algunas de ellas, plenamente naturalizadas y asumidas como expresiones literales–, el objetivo de este artículo es proponer un cruce que permita acotar el estudio metafórico a marcos de análisis más reducidos. En concreto, lo que se propone es reflexionar sobre las potencialidades analíticas que tiene aplicar el análisis de las metáforas, en la línea de lo propuesto por la socio-metafórica, al examen de un sujeto colectivo de análisis adecuadamente preciso a la par que suficientemente relevante: en este caso, al estudio de las culturas políticas, representadas y materializadas en los partidos, familias o tradiciones políticas (Sierra, 2010: 241). De este modo, el propósito de estas páginas es doble: por un lado, lucubrar de manera global sobre la utilidad que muestran los tropos para trabajos de ciencias sociales; por otro, y de acuerdo a una intención más aplicada, pensar cuáles pueden ser los puntos principales en los que el cruce entre el análisis de las metáforas y las culturas políticas puede resultar fructífero –esa conciencia feliz de la encrucijada, como la denominaba María Sierra (2015: 11), cuando varios caminos analíticos confluyen– para el mejor entendimiento de estas últimas. Para llevar a cabo la propuesta, este texto está centrado, de forma específica, en la cultura política falangista y en sus metáforas nacionales, planteándose qué es lo que el estudio de estos tropos utilizados para definir a la nación aporta a la comprensión de lo que fue el fascismo español. Todo ello circunscrito a un periodo igualmente concreto: los años de la

guerra civil y de la inmediata posguerra, años en los que el fascismo experimentó las cotas más elevadas de radicalidad e influencia dentro del régimen franquista. En este texto se asumen, por tanto, dos cuestiones que deben ser explicitadas desde el principio: por un lado, que el falangismo fue la expresión española del fenómeno fascista europeo. En este sentido, se acepta la definición de *fascismo genérico* y la capacidad transnacional que este invento político del siglo XX –el más importante, según lo consideró Robert Paxton, así como la fuente de gran parte de sus padecimientos (2005: 11)– tuvo para fructificar en diferentes contextos, mostrando un tronco común, aunque con peculiaridades locales específicas (Griffin, 1991: capítulos 1 y 2; Eatwell, 1992)⁵. Consecuentemente, en este artículo, falangismo y fascismo español serán considerados forzosamente sinónimos (Mann, 2007; Paxton, 2013; Sanz, 2013). La segunda cuestión tiene que ver con los límites de la cronología en función del sujeto elegido. Si el interés recae en la cultura política falangista de los años bélicos e inmediatamente posteriores al final de la guerra, se fija como límite para analizar el discurso la denominada crisis de mayo de 1941, momento en el que se produjeron profundos cambios gubernamentales dentro de la composición dictatorial destinados a poner fin al ascendente radicalismo falangista. Fue en ese periodo, el que comprende los años de la guerra y hasta las transformaciones y recomposiciones internas realizadas por Franco, cuando el fascismo español conoció su mayor esplendor, extremismo, belicosidad, crédito e independencia frente al resto de corrientes ideológicas también confluyentes en el mismo régimen franquista (Thomàs, 2001; Rodríguez Jiménez, 2000: 351 y ss.).

Una propuesta como la aludida se justifica por la riqueza y la promesa analítica que tiene el concepto de cultura política para explicar la acción y los comportamientos políticos de los actores. Más amplio que el de ideología –utilizado, por ejemplo, por lingüistas como Teun van Dijk (2003) (Hawkins, 2001)–; y más útil y puntual para las ciencias sociales que otros desarrollados en el campo de la lingüística y las ciencias cognitivas –como, por ejemplo, la teoría de marcos utilizada por Lakoff en sus recientes investigaciones sobre los discursos políticos (Pastor, 2015: capítulos 2 y 3)–⁶ la cultura política se presenta, especialmente si se adoptan algunas de las definiciones y desarrollos teóricos realizados en las últimas décadas dentro de la historiografía política y cultural, como una unidad de análisis especialmente ventajosa para llevar a cabo las reflexiones propuestas. Simultáneamente, cabe explicitar que en estas páginas late de fondo la asunción de que este uso más elástico y permeable realizado por la historiografía en comparación con el efectuado por la sociología o la ciencia política puede abrir nuevas vías de trabajo que exploren esa rica frontera en la que confluyen la sociología histórica, la historia política y la historia cultural, proponiendo nuevos diálogos y sinergias –tema al que está dedicado este número monográfico– entre la historia y las ciencias sociales. A continuación, en el siguiente epígrafe, se argumentarán algunas de las afirmaciones sugeridas en estas últimas líneas.

⁵ Una reflexión actualizada sobre las dificultades y los retos del concepto de fascismo genérico, en Eatwell (2014).

⁶ Un resumen sobre los distintos términos que han utilizado los lingüistas para encuadrar ideológicamente los estudios sobre los discursos políticos, incluyendo las aportaciones de Lakoff, en Gallardo Paúls (2014: 20-32).

2. Metáforas y culturas políticas: el caso del fascismo español

En un texto relativamente reciente, María Luz Morán (2010: 124) señalaba el ocaso del concepto de cultura política en los estudios sociopolíticos desde, al menos, mediados-finales de los años 80. Su inevitable asociación con el concepto clásico de Almond y Verba, así como sus excesivas connotaciones teóricas e ideológicas, habría impulsado a sustituir el término por un variado catálogo de nociones alternativas que hablarían, entre otras cosas, de representaciones colectivas, universos simbólicos o códigos culturales para subrayar la relevancia de la cultura a la hora de comprender el mundo político.

Sustancialmente distinta ha sido, según se ha señalado en numerosas ocasiones, la suerte que la cultura política ha experimentado dentro de la disciplina afín de la historiografía. Abrazada masivamente hace, al menos, tres décadas, de la primera adopción del concepto de forma irreflexiva y casi intuitiva, a modo de término *atrápalotodo* o *catch-all* (Fernández Sebastián, 2009: 29), se habría pasado a un notable esfuerzo teórico por conceptualizar y reflexionar sobre las posibilidades analíticas que su uso reserva para una mejor comprensión de la historia política y cultural (Gendzel, 1997: 245; Formisano, 2001: 394)⁷.

Con todo, las definiciones que se han desarrollado y aplicado al análisis del pasado ni han sido unívocas, ni han estado exentas de debate y discusión (Cabrera, 2010). Frente a una priorización de los elementos lingüísticos, como en el caso de los trabajos de Keith Baker (2006) o William Sewell (2005), ha habido otras propuestas que, desde perspectivas más culturalistas, han sugerido abordar la comprensión de la acción y los comportamientos políticos atendiendo a las construcciones de sentido desde las que estos se plantean, así como a los entramados simbólicos que los permiten y expresan. Todo ello contextualizado en el combate político en el que lo que se jugaría y pugnaría sería la instauración de un determinado proyecto político, objetivo último de las culturas políticas.

Tal ha sido el caso de la denominada historia cultural de la política (Hazareesingh, 2007), cuyos autores más destacados, como Jean-François Sirinelli o Serge Bernstein, han ofrecido una definición del término multidimensional estructurada en torno a tres vectores interrelacionados entre sí: por un lado, el conjunto de representaciones que conforman una específica visión del mundo; por otro, los programas de acción política y los objetivos de fundar regímenes concretos dirimidos y luchados en el fragor político; finalmente, el catálogo de símbolos, ritos y gestos que formarían la urdimbre simbólica desde –y con– la que se da significado a la acción (Sirinelli, 1998: 77; Bernstein, 1992: 71). Considerada de este modo, el sujeto de la cultura política lo constituirían, según se adelantó antes, los partidos políticos o, de forma más amplia, las familias o tradiciones políticas (Sirinelli, 1997: 438; Sierra, 2010: 241), quedando, entonces, convenientemente acotado el marco de análisis para los trabajos de historiadores, sociólogos y politólogos.

Si bien esta definición no ha carecido de críticas y controversia, podría considerarse que su aceptación y aplicación se ha convertido, dentro de los estudios sobre la España contemporánea, en preponderante, habida cuenta de la capacidad

⁷ Posteriormente, múltiples autores han constatado esta inicial observación de Gendzel. Por ejemplo, Capistegui (2004); De Diego (2009: 31); Pan-Montojo y Peña Guerrero (2011: 219).

que muestra para profundizar en las construcciones de sentido de los actores y para trazar, simultáneamente, un nexo de unión con las implicaciones que estas tienen para entender las acciones y motivaciones políticas⁸. Paralelamente, cabe resaltar que se ha tratado de un enfoque plenamente coincidente con algunas de las más exitosas olas historiográficas que han renovado la manera de abordar el estudio del pasado (Serna y Pons, 2013: 226 y ss.)

En función del aserto aquí asumido, nada impide interpretar al fascismo como una cultura política. Así lo consideraba Ismael Saz (2008: 228; 2013: 62-67) al repasar los elementos constitutivos del mismo, señalando la coherencia de un discurso ultranacionalista, populista y palingenésico, su codificación en unas prácticas estructuradas a base de férreos códigos simbólicos y una sólida ritualidad política, y su puesta en juego en el combate político, dirigiéndose hacia la meta del establecimiento de los totalitarios Estados fascistas. El fascismo habría sido, por tanto, una cultura política; una cultura, además, transnacional, nacida en la Italia de los años 20 del pasado siglo, aunque permeable y trasladable, con peculiaridades y especificidades locales, a diferentes contextos y países, fructificando, según se sugirió antes con el término de *fascismo genérico*, en no poca parte de las naciones europeas a lo largo de los turbulentos años de entreguerras (Kallis, 2012).

Uno de estos países fue España, donde el partido de FE y de las JONS, resultado de la fusión entre jonsistas y falangistas, representó, en el convulso escenario de la Segunda República, la conformación de la cultura política del fascismo español. En ella confluyeron antecedentes previos pertenecientes a la tradición cultural e intelectual del país. Sin embargo, no fue hasta la instauración de la República, el momento en el que la llegada de la nueva democracia se sintió como la definitiva amenaza del orden previamente conocido, que el fascismo se organizó como una verdadera cultura política, armada con un sólido programa y un puntualizado plan de actuación en aras de imponer un nuevo orden de cosas (Saz, 2015)⁹.

Uno de sus rasgos predominantes fue su extremado nacionalismo, la continua apelación a una nación palingenésica que, de acuerdo a la mitología fascista, habría de resurgir fortalecida de sus cenizas para situarse en el centro de los anhelos políticos del partido. No fue una excepción. Tal y como ha señalado recientemente Xavier Andreu (2015) en su exhaustivo recorrido por la historia de las culturas políticas españolas, si algo caracterizó a las construcciones de sentido y a las específicas estrategias políticas de las diversas corrientes ideológicas de los pasados siglos XIX y XX fue el haber situado en la médula, de unas y otras, el principio máximo de la nación. El nacionalismo español fue, por tanto, transversal, estructurando la gran mayoría de las culturas políticas españolas, aunque —ahí estaba la clave— con notables diferencias entre ellas sobre lo que definía y debía caracterizar a la España por la que todas pugnaban (Saz, 2010). También en el caso concreto del franquismo, las fricciones internas del bando vencedor habrían de batirse alrededor de la puntualización nacional: dada la confluencia dentro de la misma estructura estatal de dos culturas políticas sustancialmente distintas, la

⁸ Como ejemplo, se puede poner la serie de seis volúmenes editados por Marcial Pons, sobre la *Historia de las culturas políticas de España y América Latina*, en el que han participado numerosos especialistas y cuya publicación ha concluido en 2016.

⁹ Para situar la cultura política del fascismo español dentro de la perspectiva del contexto europeo, ver Gallego (2014).

fascista –representada por Falange– y la del nacionalismo católico, reaccionario y antiliberal –representada por destacados grupos monárquicos como Acción Española– buena parte de las fricciones internas tendrían que ver con el proyecto político –y con la nación– que debía erigirse una vez se consumase la victoria (Box, 2015).

En el caso del fascismo de guerra y posguerra, la apelación nacional adquirió la urgencia propia de los tiempos fundacionales de lucha y victoria. La batalla contra una idea de (Anti)España encarnada en el enemigo republicano y el objetivo de imponer un modelo político, tanto frente al otro como, según se acaba de sugerir, también por encima del resto de proyectos igualmente confluyentes dentro del heterogéneo conglomerado franquista, hizo que la cosmovisión nacionalista de Falange fuese extrema, violenta y combativa. También hizo que esta estuviese plagada de metáforas destinadas a hacer comprensible y omnipresente la idea de España que articulaba su específica aspiración política.

No había nada de excepcional en el recurso metafórico para la definición nacional. La intrínseca capacidad de las metáforas, ya no solo para la propia articulación de conceptos abstractos como el de nación sino, igualmente, para simplificar de forma genérica realidades complejas como las situadas en el ámbito político, hizo de su uso un ineludible requerimiento al tiempo que una estrategia eficaz y certera (Kövecses, 2010: cap. 2; Edelman, 1967; 1971).

De acuerdo a la necesidad propia del momento de guerra, buena parte de estos tropos trataron de expresar la normatividad, legitimidad e idoneidad de la nación fascista, esa que defendían y aspiraban a imponer, y por la que luchaban, mataban y morían. Fue habitual, entonces, el manejo de metáforas sobre la moralidad y la norma para articular la noción de España, metáforas en las que se utilizaron dominios fuente pertenecientes al campo de la rectitud, la limpieza, la pureza, la claridad y la luminosidad desde los que proyectar cualidades con las que narrar una España fuertemente normativizada. De este modo, y según se verá, España iba a ser definida como una nación recta y lineal, como una nación vertical y sólida. También lo iba a hacer como una nación limpia porque, frente a la España sucia y cochambrosa, Falange limpiaba los rincones para borrar indecencias, luchando por instaurar la limpieza y el decoro¹⁰. La España fascista sería igualmente, clara, una España de luz y cielos azules límpidos y soleados. Si este tipo de expresiones iban a ser omnipresentes, la idea que buscaban transmitir era siempre la misma: afirmar, en unos momentos bélicos, la realidad y deseabilidad del proyecto falangista en torno al cual debían plegarse las filas, las emociones y los sentimientos¹¹.

Las metáforas fueron, por tanto, un elemento importante del discurso nacionalista de Falange. De acuerdo al objetivo propuesto en este artículo, cabe preguntarse, no obstante, qué nos proporciona su estudio y qué aporta tomarlas en consideración. A este respecto, la idea que se sostiene en estas páginas es que incorporarlas como un elemento más de trabajo puede enriquecer el análisis de las culturas políticas en función de la propia naturaleza y características de los tropos, permitiendo su estudio profundizar en algunos aspectos que apuntarían a la misma estructura conceptual de las cosmovisiones políticas.

¹⁰ *Labor*, 27-1-1938.

¹¹ La capacidad de las metáforas para provocar emociones, en Goatly (1997: 158); Mio (1997).

En primer lugar, si se tiene en cuenta que, tal y como apuntó René Dirven (1990) en su exposición sobre la ideología del apartheid, las metáforas no ofrecen exclusivamente información sobre el *qué* se dice sino, también, sobre el *cómo* se dice lo expresado, hay que considerar que su examen irá más allá del análisis de contenido –los temas y argumentos esgrimidos– para intentar aproximarnos, de acuerdo al papel que cumplen en los procesos de conceptualización, a las estructuras de pensamiento de los sujetos productores. En el caso concreto de las metáforas falangistas, su observación nos permitirá, entonces, más que diseccionar la cultura política del fascismo español, intentar vislumbrar qué supuso, y qué implicaciones tuvo, concebir a España como recta, clara o limpia de cara a una mejor comprensión de lo que fue el proyecto político fascista.

En segundo lugar, el rastreo metafórico nos acerca, igualmente, al sistema valorativo de los grupos que las crean y utilizan, en este caso, a algunos de los valores más nucleares de la cultura política de Falange. Lo hace porque las metáforas que jalonan las visiones del mundo con las que se dota de sentido a la realidad están en íntima consonancia y son altamente afines a las estructuras valorativas de quienes las sustentan (Chilton y Schäffner, 2002: 29; Kövecses, 2010: 285 y ss.). Así lo apuntaron Lakoff y Johnson (2012: 60) en los primeros trabajos sobre la metáfora conceptual: nuestros valores no son independientes, sino que deben formar un sistema coherente con los conceptos metafóricos de los que vivimos, convirtiéndose las expresiones metafóricas que utilizamos cotidianamente en reflejos –y pistas– para llegar hasta los primeros.

En tercer lugar, cabe considerar que las metáforas son elementos condensados que contienen más información de lo que meramente se explicita en el discurso, trocándose su estudio en una puerta de entrada hacia los aspectos implícitos del mismo (Ruiz, 2014: 176 y ss.). En gran medida, esta condensación está determinada por el propio mecanismo metafórico. Al constituir una proyección entre dos dominios, los paquetes de información asociados al *dominio fuente* se trasladan al *dominio meta*, impregnando el proceso de formación y estructuración del concepto que está en juego¹². De este modo, la consideración de qué fuentes se eligen y hacia qué meta se transportan puede proporcionar al investigador valiosos rastros sobre el modo en el que se establecen las construcciones de sentido, así como sobre el conjunto de implicaciones que estas tendrán. En el caso falangista, detenerse en el significado y consecuencias de la definición de España a partir de los valores asociados a la linealidad, rectitud, limpieza o claridad puede resultar provechoso para contribuir a explicar la acción dirimida en el campo de lo político.

En cuarto lugar, el escrutinio metafórico nos admite detectar puntos nodales, aquellas metáforas centrales –o macrometáforas (Kövecses, 2010: 57-59)– que arman el discurso dotándole de sentido global¹³. Al mismo tiempo, el poder subliminal que estas poseen, según lo señaló Jonathan Charteris-Black (2004), consistente en la habilidad de suscitar y sugerir, a través del ejercicio asociativo, un conjunto significativo más amplio, convierte de nuevo su estudio en una vía de acceso a los valores, anhelos, deseos y expectativas de las culturas políticas que los

¹² Ejemplos concretos de esta proyección en el caso del nazismo y su uso de metáforas orgánicas y vinculadas a enfermedades e infecciones para nombrar a los judíos, en Musolff (2010); Chilton (2004: 52).

¹³ Desde las palabras-testigo de Georges Matoré, diferentes enfoques han aludido, más allá de los términos en sí, a la importancia de la articulación de los discursos para captar su sentido global (Gallardo Paúls, 2014: 51 y ss.). Desde la ciencia y la sociología política, Laclau y Mouffe (1985).

utilizan. Ya lo habían planteado Lakoff y Johnson en sus trabajos de finales de los años 80: las asociaciones establecidas a partir de conceptos nucleares no reflejan exclusivamente el parecido objetivo entre los elementos que se consideran equivalentes, sino las imaginaciones, esperanzas, vivencias y deseos de aquellos que las proponen (Lakoff, 1987). Para el caso concreto que nos ocupa, analizar las cadenas asociativas surgidas a partir de metáforas nucleares puede profundizar en el conocimiento de las culturas políticas que las usan, al deducirse de ellas puntos nodales, obsesiones y, en definitiva, valores centrales.

En quinto lugar, las metáforas, igual que cualquier otro componente del discurso, no solo nos dejan entender lo que las culturas políticas *son* sino, simultáneamente, dan cuenta de lo que *hacen* (Gallego Dueñas, 2013: 7). Desde este punto de vista, las expresiones metafóricas no darían cuenta exclusivamente de modos de pensar y definir la realidad sino, igualmente, de disposiciones para actuar y orientar las prácticas sociales de acuerdo a las definiciones establecidas¹⁴. Así se señaló en *Metaphors we live by* (2012: 187, 200): si definimos nuestra realidad metafóricamente, estas establecerán lo que es real para nosotros, una realidad que, indefectiblemente, será parcial, porque en ella se privilegiarán ciertas interpretaciones sobre las alternativas, guiando la acción en un sentido u otro. En definitiva, el análisis de los tropos se convertirá en una pista esencial para intentar comprender las consecuencias que tiene el modo en el que los diferentes grupos definen y dan sentido al mundo. Teniendo en cuenta que, en gran medida, el objetivo de los estudios de las culturas políticas es comprender la acción que se desarrolla en el campo político, las metáforas nos permiten, no solo profundizar en el conocimiento de aquello que estas valoran, sino intentar inferir qué consecuencias tendrá el modo en el que lo hacen (Chilton y Lakoff, 1995)¹⁵.

Planteados los aspectos en los que el escrutinio metafórico resulta útil para el investigador, en el siguiente epígrafe se propone una aplicación al estudio del fascismo español. Considerando que interesan específicamente las metáforas nacionales por constituir el nacionalismo uno de los núcleos de la cosmovisión de la cultura política que nos ocupa, se explorarán los tropos con los que se normativizó la España falangista. La intención es, tal y como se señaló en páginas precedentes, reflexionar sobre qué nos permite conocer el estudio metafórico acerca de los sujetos que las produjeron y pusieron en práctica, siempre pensando en el tiempo y espacio aquí delimitados. Para ello, las fuentes que se utilizarán serán artículos y textos publicados en prensa del partido, seleccionada de diversas provincias del Estado. La razón de esta elección es que, a lo largo de los años que interesan, el control sobre la prensa estuvo en manos de algunos de los más radicales falangistas, dependiendo los servicios de Prensa y Propaganda del Ministerio de la Gobernación, dirigido hasta 1941 por Ramón Serrano Suñer. Así, a diferencia de otras fuentes que resultan menos *falangistas* y más *franquistas*, el conjunto de editoriales, secciones de consignas políticas o artículos de reflexión y doctrina constituyen un acceso interesante al discurso de Falange; al menos, a un discurso en el que se pudo mostrar la radicalidad fascista en unos tiempos de ascendente fascistización de la dictadura.

¹⁴ Desde esta perspectiva, puede entenderse la reivindicación de que enfoques como el Análisis crítico del discurso tomen en consideración el estudio metafórico. A este respecto, Hart (2008).

¹⁵ Ejemplos concretos de acciones políticas a partir de la metaforización de los Estados como contenedores, en Chilton (1996); Charteris-Black (2009).

3. Normativizando la España fascista: metáforas falangistas sobre la nación

El discurso falangista sobre la nación, se dijo antes, estuvo preñado de metáforas relativas a la normatividad dirigidas a legitimar la España fascista. Buena parte de ellas fueron metáforas muy conocidas. Así, BUENO ES LUZ, BUENO ES CLARO, MORALIDAD ES RECTA, MORALIDAD ES LIMPIEZA, MORALIDAD ES PUREZA, CERTEZA/SEGURIDAD ES FIRME, FUNCIONALIDAD/VIABILIDAD ES ERECCIÓN o MORAL/BUENO ES RECTO fueron algunas de las metáforas conceptuales que articularon la nación fascista y cuyas expresiones resultaron constantes en el discurso de Falange¹⁶.

Su manejo concreto en un contexto como el de la guerra y la inmediata posguerra ayudó a configurar una cosmovisión fuertemente normativa y exclusiva, en la que la defensa a ultranza de una de las Españas en liza y la consecuente condena de aquella alejada de la norma justificaron la violencia ejercida sobre esta última. Precisamente, es desde esta óptica desde la que las metáforas utilizadas por el discurso nacionalista del falangismo bélico adquieren interés: analizadas en su uso, entorno y apropiación por parte de actores concretos en un tiempo y un espacio igualmente delimitados (Fernández Sebastián, 2009; 2015), proporcionan un mapa sobre lo que importó y sobre el perfil y carácter que tuvo la visión del mundo dentro de la cual se movieron los fascistas españoles (Underhill, 2011). Así lo señaló Michael Richards (1999) en uno de los trabajos pioneros sobre la violencia de la guerra y la represión de posguerra: tan importante como saber qué se hizo es reconstruir el discurso que conformó la construcción de sentido que hizo posible y legítimo aquello que se perpetró.

En el caso de Falange, un primer grupo de metáforas, se ha dicho, fueron las relativas a la luminosidad y claridad como características implícitas de la nación fascista. España era clara y luminosa, se repetía con el fin de expresar su normatividad; una patria que abría “el camino ancho y luminoso” que conducía hasta la revolución falangista¹⁷. Y es que España tenía tanta luz que en ella hasta los muertos lucían, esos luceros brillantes que, según la simbología y retórica del partido, vigilaban en el cielo estrellado de una noche que, en ningún caso, resultaba oscura (García Serrano, 1979: 208-209).

No obstante, el significado implicado en la concepción de la nación como plena de luz se ramificó, gracias a la capacidad de las metáforas para establecer asociaciones a partir de ellas, en un conjunto de ideas utilizadas, igualmente, en el relato nacional. Así ocurrió con el campo semántico del amanecer, íntimamente ligado a la claridad y oportunamente opuesto a la oscuridad de la noche que definía a la España liberal y los cruentos años de guerra, y que sirvió para relatar el desenlace de la guerra y la resultante emergencia de la verdadera España. “Cielo radiante de victoria”, había bramado Rafael Sánchez Mazas en la importante conferencia pronunciada el 8 de abril de 1939 en el Frontón Cinema de Zaragoza¹⁸; se confirmaba, así, la naturaleza luminosa de un partido cuya simbología aludía a la claridad de situarse cara al sol y de vestirse con la camisa azul de los cielos lúcidos (Bravo, 1939: 243-247; De Foxá, 1942).

¹⁶ Listas y análisis de metáforas conceptuales habituales, en las sucesivas ediciones y actualizaciones de la *Master Metaphor List*, coordinada por George Lakoff.

¹⁷ “El consejo de la paz”, *Imperio*, 14-9-1939, p. 1.

¹⁸ Rafael Sánchez Mazas, “Sábado de Gloria”, *Arriba*, 8-4-1939.

Que la conclusión del periodo bélico y, por consiguiente, el nacimiento de España suponía el luminoso amanecer de la patria fue una metáfora utilizada recurrentemente dentro del discurso de Falange. De este modo se contaba en las sentidas crónicas que se hacían sobre la ciudad de Madrid en los días inaugurales de la victoria, enfatizando el resurgir de una ciudad ansiada desde el mismo comienzo de la guerra y que, simbólicamente, había sido la última en caer. “Ha tornado a Madrid la animación –se podía leer en el diario *Azul*–. Sus calles, antes en penumbra, han vuelto a adquirir su luminosidad alegre”. De “fulgores del amanecer de España” hablaba el periódico extremeño *La Falange* a principios de enero de 1939, dando cuenta de las progresivas conquistas militares del ejército franquista, para pasar a la exultante afirmación de que “toda España” se había teñido “de pronto de un azul de amanecer” en las crónicas de principios de abril de 1939¹⁹.

El recurso metafórico del amanecer permitió que la nación fascista se connotase con un conjunto de elementos altamente eficaces, tanto desde el punto de vista conceptual, como del simbólico y retórico. Uno de ellos fue la idea de comienzo. Si el amanecer suponía denotar el inicio del nuevo día, la narración del final de la guerra y consiguiente nacimiento de la España falangista con este tipo de metáforas implicó, según se apuntó anteriormente a propósito de la proyección implícita en el ejercicio metafórico, que esta se impregnase de la información asociada al dominio fuente. Así se construyó, en gran medida, el relato: la victoria era un punto cero a partir del cual la historia comenzaba abriéndose de par en par ante el arrojo del partido. Una historia concebida de forma lineal y situada de frente –de nuevo, una metáfora conceptual en absoluto novedosa (Goatly, 2007: 51 y ss.)– que un movimiento tan combativo y vitalista había de interpretar como una marcha ineludible, ascendente y teleológica hacia la revolución y definitiva instauración del Estado fascista (Saz, 2003: 290-97). “Nadie está aquí de vuelta sino todos de ida”, diría un editorial de *Arriba* publicado en el victorioso verano de 1939. “Tenemos suficiente luz en España, clara luz amanecida –explicaba un editorial del combativo *Arriba España* escrito en el apogeo del periodo revolucionario– para guiar nuestro paso robusto hacia las últimas metas de nuestra propia libertad”²⁰.

Las metáforas elegidas no eran circunstanciales, ni baladíes; teniendo en cuenta que el fascismo era una cultura política articulada alrededor del mito palingenésico de la muerte y la resurrección nacional (Griffin, 1991; Saz, 2003: 186 y ss.), el tropo aludido servía para conformar la imagen de España como la patria que revivía tras la oscuridad de la noche, momento en el que la vida se había apagado como condición previa a la nueva iluminación²¹. Teniendo en cuenta que las metáforas son síntomas de la estructura valorativa de las culturas políticas y, al mismo tiempo, guías y performadoras de su acción, la conceptualización de la España fascista en base a tropos alusivos al comienzo permite comprender mejor la fuerza de la ruptura con el régimen político anterior, así como la violencia constructiva con la que se pensó el nacimiento de la nación falangista.

¹⁹ Las citas, respectivamente en: J. Sánchez Garrido, “Madrid”, *Azul*, 25-4-1939. *La Falange*, 16-1-1939, p. 3; *La Falange*, 10-4-1939.

²⁰ “Estamos de ida”, *Arriba*, 27-6-1939. “Habla Yugoslavia”, *Arriba España*, 8-4-1941.

²¹ En este mismo sentido pueden entenderse, también, las metáforas estacionales, con las que la guerra y el periodo anterior se definían como invernales y la victoria, como la primavera.

Junto a las metáforas vinculadas y relacionadas, de un modo u otro, con la claridad y la luz, un segundo grupo sobresaliente utilizado en la articulación de la normatividad nacional fueron, según se señaló al principio de este epígrafe, las conformadas a partir de dominios fuentes referentes a la rectitud, firmeza o verticalidad. Las expresiones y retórica derivadas de la asunción de que la Nueva España era recta y lineal, opuesta a toda curvatura o zigzagueo, fueron, también en este caso, constantes. Y es que así lo había querido el mismo José Antonio Primo de Rivera, recordaba Eusebio Canal en el primer mes de posguerra: había entregado su vida por abrir una senda “sin perfiles de recodos, sino en línea”, una línea que, aparte de ser “clara”, era también “recta”, tal y como había asegurado el mismo fundador el 29 de octubre de 1933 al recordar que sería “la línea recta” la que salvaría España²².

En este caso, definir a España desde los mencionados dominios fuente implicaba varias cosas. Suponía, ante todo, la posibilidad de trasladar sobre la nación el conjunto de cualidades asociadas a la rectitud. Así, atributos como la firmeza, la dureza, la sencillez, la exactitud, la precisión, el ímpetu, la decisión o la concisión, características, todas ellas, asimiladas con la linealidad (Lizcano, 2006: 205-210), se proyectaban sobre España para instituir una nación que se pensaba y formaba en base a esos mismos términos.

Buena parte de estos adjetivos provenientes de la rectitud y linealidad se sintetizaron en el editorial que inauguraba el número publicado en el primer aniversario de existencia del diario vizcaíno *Hierro*, una declaración de principios especialmente elocuente en la que el nombre de la propia publicación parecía decirlo todo: según se apuntaba en el mismo texto, *Hierro* quería ser “voluntad dura, enérgica, decidida, de hacer aquí la labor por la unidad, la grandeza y la libertad de España”. Frente a la fragilidad, la dureza; “frente a su constante zigzaguear, traemos nuestro sentido rectilíneo que nos lleva derechamente a España; a su doblez, nuestra claridad –de nuevo una alusión luminosa–, tan cruda como sea necesaria”²³.

Los ejemplos, ya se ha dicho, fueron múltiples. Así, en los textos y discursos se enumeraban las cualidades propias de la España recta para llegar a argumentos más enrevesados en los que se afirmaba que lo que debía estructurar la vida de la Nueva España era una “línea recta” imaginaria²⁴. Estaban claros los rasgos que definían a la España fascista y estaban claros, también, aquellos otros contrarios a los que, por representar a la nación republicana y liberal, se oponía la primera. De este modo, la blandura, el letargo, la inacción o la comodidad funcionaban de reverso de una nación pensada fofa, decadente y blanda. Una era la España fascista, sobria, lineal y recta; la otra, la España liberal, flácida y llena de retorcimientos. La utilización de ambas definiciones no iba ser inocua. Si parte del interés del estudio metafórico reside en la capacidad performativa de los tropos y en su importancia para guiar la acción, las imágenes de una España y otra, máxime en un contexto de guerra y violenta posguerra, iban a ser determinantes a la hora de entender la represiva agenda política del fascismo y del franquismo.

²² Las alusiones, respectivamente, en Eusebio Canal, “Palabras de José Antonio”, *Azul*, 25-5-1939. “Bautismo del aire y lección del día 29”, *Labor*, 26-10-1939, p. 3.

²³ *Hierro*, 5-7-1938. Citado en *Imperio*, 8-7-1938, p. 4.

²⁴ Santiago Aragón, “En torno a la línea recta”, *Heraldo de Zamora*, 19-7-1940, p. 3.

También algunas de las más notables metas políticas falangistas iban a estar atravesadas por los valores y el significado de las metáforas mencionadas. Así, por ejemplo, el objetivo último del Imperio, uno de los resortes políticos clave de Falange (Saz, 2003: capítulo 6), se expresaba como vocación y voluntad, “dos promesas firmes y escuetas”, explicaba Pedro Laín Entralgo, que recordaban a la rectitud, tensión y concisión de la España lineal. Porque esa voluntad, proseguía Laín, no debía agotarse “en la frase, en el gesto o en la caediza hojarasca decorativa”; no debía ser “indumentaria palabrera, sino arquitectónica, cruda, luminosa, esquinada”²⁵.

En este relato de la nación falangista a partir de metáforas con dominios fuente situados en los campos de la rectitud y de la linealidad había, con todo, una característica más igualmente implícita: su virilidad que, en oposición a la femineidad de la curva, impregnaba estas geometrías (Ingold, 2015: 212-213).

Que Falange se definiera, tanto a sí misma como a su ideal de nación, como “entera, recta y viril”, no podía extrañar a nadie²⁶. El fascismo era un movimiento extremadamente virilizado que se estructuraba, en buena medida, en torno a los valores masculinos (Spackman, 1996). Tampoco era inhabitual concebir a la nación normativa en base a estos valores, interpretando que, en los momentos de crisis, la regeneración patria se habría de lograr recuperando esta virilidad perdida y enmendando una caída interpretada como el afeminamiento nacional. Así había ocurrido, notablemente, en las crisis previas a la fractura de la guerra civil: lo había hecho en el desastre del 98 y en el de Annual, impulsando un regeneracionismo en el que el componente de género no era en absoluto menor (Aresti, 2014; Torres Delgado, 2017). Y lo había hecho, también, en otros países europeos, en los que la preocupación por la inexorable caída patria había ocupado igualmente el tránsito del siglo y en los que, independientemente de que hubiesen experimentado derrotas militares (o no), la dimensión generizada había estado asimismo presente como explicación de las degeneraciones nacionales (Martykánová, 2017).

La regeneración falangista entroncaba, por tanto, con los movimientos de las décadas previas, pero imponía sus propios matices visibles en las metáforas con las que articulaba su discurso. Así, por ejemplo, la tensión o el vigor de la recta conformaban una virilidad violenta y combativa, una masculinidad hegemónica plena de valores militares y guerreros que, a pesar de que no eran desconocidos, en este caso aparecían inextricablemente unidos al contexto de ataque, guerra y represiva posguerra en el que existía el falangismo (Alcalde, 2017; Torres Delgado, 2017: 147; Aresti, 2012: 65-70; Vincent, 1999; 2006). Lo explicaba un editorial del cordobés *Azul* que llevaba por elocuente título “Sinceridad violenta”. La “virilidad del estilo nacional-sindicalista” había puesto en pie y en alerta a un “pueblo dormido y narcotizado por promesas y palabras”. Se trataba de una masculinidad apremiante y serenamente clara; “una línea política recta y ambiciosa” que había marcado “el estilo rudo y claro” que había penetrado en las entrañas populares. Un estilo, el falangista, que era nuevo y preciso, opuesto a “inútiles desahogos patrióticos” y a la “irritante garrulería marxista, confusa y blandengue”²⁷. Un estilo viril, en fin, lleno de ardor, impulso y valentía alejado de esa “intensa corriente de cobardía colectiva” propia de “gobiernos torpes y débiles”, de “hombres sin

²⁵ Pedro Laín Entralgo, “El Imperio, meta de la Falange”, *Amanecer*, 26-10-1937.

²⁶ “La catolicidad de Falange”, *La Victoria*, 26-2-1938.

²⁷ “Sinceridad violenta”, *Azul*, 25-2-1939, p. 3.

virilidad ni gallardía”²⁸. Aplicado, como cabe aventurar, al comportamiento político falangista, puede deducirse el implacable uso de la violencia que formaría parte de su repertorio político así como la totalitaria determinación que articulaba su idea sobre cómo levantar en el país el nuevo Estado fascista.

Había arrojo, ímpetu y atrevimiento; y, también, sobriedad, autocontrol y severidad, porque la sencillez y crudeza de lo recto y lineal imprimían, igualmente, a la nación esta dimensión de autocontrol que también se evidenciaba en una masculinidad pensada con mesura y compostura. Así, mientras que quedaba muy lejos de esta España de voluntad, vigor y férrea determinación aquella otra concebida como fofa, blanda y cómoda, también de la España austera lo hacía la España liberal, pensada vocinglera, palabrera y excesiva, una España a exterminar que retaba a la templanza de una nación cruda y acerba²⁹.

Si, tal y como se ha sugerido, el uso de metáforas nos permite indagar en la *generización* de la España falangista y en el tipo de virilidad asociada con ella, igualmente aquellas otras utilizadas para expresar a la (Anti)España con la que se batía en los campos de batalla conceden intuir una connotación de género que nos acerca a una de las concepciones falangistas sobre lo femenino³⁰. Se trata de unas ideas acerca de las naciones en liza que permiten ver, en la misma línea que el resto de fascismos, cómo lo masculino se asoció con el orden, la fuerza, la austeridad y la determinación, al tiempo que lo femenino lo hizo con el caos, la amenaza, el exceso y el peligroso letargo (Labanyi, 1996: 382-383)³¹.

En efecto, muchas de estas características asociadas a lo masculino y lo femenino iban a proyectarse sobre las dos nociones de la nación, la falangista y la republicana enemiga, a través del tercer grupo de metáforas usadas para destacar la normatividad de la primera: aquellas que articulaban la moralidad y la pureza a partir de dominios fuente anclados en el campo semántico de la limpieza.

Que en la guerra se luchaba por forjar a la verdadera España y que, entre otras características intrínsecas, esta era “limpia, libre de escorias e inmundicias” fue repetido de forma continua. Así lo había declarado el general Yagüe en 1937 y así se explicitaba, contraponiendo de forma antagónica las dos Españas que estaban en lucha, en un artículo elocuentemente titulado “Dos Españas”: en la guerra se enfrentaban “la España sucia, desgredada de gesto agrio y perfil borroso” y “la España joven, vigorosa, plena de fe en sus destinos”; una España limpia, clara y decorosa, como la denominaba un artículo del soriano *Labor*, frente a la España “torva, mezquina y roedora”³². La suciedad era una suciedad física: se imaginaban escombros, roña y podredumbre; pero era, también, una suciedad moral porque, precisamente, la existencia de una de ellas era la que, de acuerdo a una vinculación causa-efecto entre ambas, aseguraba la consecuencia de la otra (Richards, 1999: 51).

La primera la representaban los buenos falangistas, “hombres capacitados para encauzar, por rumbos de grandeza, esa corriente ancha y vigorosa”, siguiendo las consignas “rígidas y austeras” establecidas por José Antonio Primo de Rivera; la

²⁸ “Una patria”, 1-10-1941.

²⁹ Las alusiones, en “De la vanagloria a la austeridad”, *Arriba España*, 27-9-1939.

³⁰ Se especifica que se trató de una de las ideas de lo femenino porque, también en el falangismo, convivieron diversos arquetipos de género muchas veces contrapuestos entre sí. Ver Scott (2008: 66).

³¹ Una visión general de lo femenino como peligroso, en Héritier (2007).

³² Las declaraciones del general Yagüe, en *Labor*, 7-10-1937, p. 5. “Dos Españas”, *Imperio*, 20-5-1938. *Labor*, 27-1-1938.

segunda, las hordas marxistas, desgñadas y selváticas, furiosas y descontroladas, que conjuraban el sobrio encuadramiento de la España decorosa, unas hordas amenazantes que manchaban la nación³³.

Era, precisamente, en este tipo de descripciones en las que se veía el componente de género antes aludido, porque si la virilidad de la nación fascista se expresaba en base al orden, la feminización lo hacía a través de la amenaza y el riesgo de disolución. Especialmente elocuente a este respecto resultaba la distinción establecida por el discurso falangista entre las multitudes, ese conjunto desordenado e incontrolado que ponía en alarma todo lo establecido, y las masas, decididas, jerarquizadas y encuadradas por un partido con vocación de movilizar a la población. Si las primeras se describían con rasgos como la impulsividad y la hiperexcitación, comparando sus supuestos comportamientos infantilizados y animalizados con las mujeres *rojas*, las segundas respondían a cualidades masculinas como el orden, la disciplina y el trabajo, alejadas plenamente de la femenina voluptuosidad y de los oscuros excesos (Richards, 2001: 416-17). De lo que se trataba era, según explicitaba un texto formativo sobre “Normas de conducta a los militantes”, de evitar “las vociferaciones y aplausos” que pudieran “confundir a las huestes de la Falange con los mercenarios grupos aduladores del estilo liberal” pues, a diferencia de las segundas, las primeras debían siempre “revestirse de seriedad imperturbable”³⁴.

La clave parecía estar, entonces, en conjurar el desorden y el caos a base de apuntalar la normatividad de la España fascista. En esta insistente necesidad de representar e imaginar una nación controlada y firme, el falangismo no iba a estar solo: más bien al contrario, iba a situarse en la línea del resto de fascismos en los que el impulso constructor –y, por ende, el paralelo énfasis destructor de todo lo anterior– iba a pujar con fuerza frente a lo endeble, lo ambiguo y lo amenazante. En este intento por desterrar todo peligro, ambivalencia e incertidumbre (Bauman, 2005: 205), las metáforas utilizadas para conceptualizar la nación fascista, esas que hicieron que se pensase clara, luminosa, limpia, lineal, viril y recta, jugaron un papel esencial. Guiando y determinando el específico programa político y las ambiciones concretas de la cultura política falangista, estas ideas sobre España y la (Anti)España que las metáforas nos ayudan a explorar contribuyen a entender la virulencia de un partido que, no exento de mesianismo, creyó que podía parar el reloj para empezar y poner en marcha la historia de nuevo.

4. Conclusiones

A pesar de que los años aquí estudiados fueron tiempos de principio y fundación, la historia, como cabía esperar, no se detuvo, ni comenzó desde cero. La posguerra avanzó y las posibilidades falangistas de imponer su específico proyecto político dentro de una dictadura que no era solo fascista se desvanecieron. Cuando quedó claro que los fascismos perdían la guerra europea, sobrevino la forzada desfascistización; cuando de esgrimir la paz lograda por la dictadura y olvidar la exhibición de la victoria en una guerra fratricida dependiese, años después, la

³³ Las citas, en *Imperio*, 31-8-1938. Un análisis de la identificación entre la imagen del hombre y la nación, en Mosse (2000).

³⁴ “Normas de conducta a los militantes”, *Amanecer*, 26 de octubre de 1937.

supervivencia del régimen, el discurso se transformaría, alejándose, en parte, de la extrema violencia y el ímpetu de los inicios.

No obstante, la cultura política falangista sobrevivió hasta el final. Lo hizo transformándose y adaptándose, hibridándose con los discursos católicos y reaccionarios con los que forzosamente convivía desde la misma formación del Movimiento Nacional. Sin embargo, los escasos años aquí estudiados conformaron una muestra breve de lo que fue el fascismo español, un momento en el que su radicalidad y belicosidad, su vigor y su fuerza, su vitalismo e impulso revolucionario se expresaron con un margen amplio de independencia.

No todo fueron metáforas en este discurso, pero hubo muchas y estudiarlas –ese ha sido el objetivo de este artículo– ha permitido bucear por algunos aspectos del falangismo. Principalmente, según se ha argumentado aquí, porque las metáforas nos acercan a lo que piensan quienes las producen y utilizan, a aquello que termina confirmándose como verdad y, por tanto, guiando y estructurando los objetivos, expectativas, intenciones y acciones. Teniendo en cuenta que la cultura política es un concepto que ayuda a comprender, precisamente, el significado y el porqué de la agencia política, las metáforas resultan, entonces, un instrumento de análisis útil para una indagación más extensa de los sujetos políticos que la encarnan.

En el caso concreto de este artículo, el interés ha recaído en la narración de la nación, una visión del mundo con la que se justificó la muerte y la destrucción. De forma aún más específica, en este artículo se han detectado y analizado tres tipos de metáforas conceptuales: por un lado, las que utilizaron dominios fuente relativos a la luminosidad y claridad; por otro, las que lo hicieron a partir de la firmeza y la rectitud; por último, las alusivas a la limpieza y pureza. Ninguna de ellas fue específica del fascismo español, sino que todas ellas, ampliamente expandidas y utilizadas, fueron reactualizadas por la cultura política falangista para insertarse en su discurso con la finalidad de estructurar su específica idea de lo que era España. Conocerlas, considerando el potencial analítico que ofrecen y que ha sido expuesto a lo largo de estas páginas, puede abrir vías para examinar de forma novedosa cuestiones como la relación entre género y nación o para entender elementos clave de la ideología falangista, como en el caso del mito palingenésico o las dimensiones de la virilidad fascista. Más allá del punto y final de un texto, se abren las nuevas vías que se aspira a transitar en investigaciones futuras.

5. Bibliografía

- Alcalde, A. (2017): “El descanso del guerrero: la transformación de la masculinidad excombatiente franquista (1939-1965)”, *Historia y Política*, 37, pp. 179-180.
- Alonso, L. E. (1998): *La mirada cualitativa en Sociología: una aproximación interpretativa*, Madrid, Fundamentos.
- Alonso, L. E. (2013): “La sociohermenéutica como programa de investigación en Sociología”, *Arbor*, 189(761), pp. 1-15.
- Andreu, X. (2015): “Nacionalismo español y culturas políticas. El comienzo de una buena amistad”, *Historia y Política*, 34, pp. 355-381.
- Aresti, N. (2012): “Masculinidad y nación en la España de los años 1920 y 1930”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 42(2), pp. 55-72.

- Aresti, N. (2014): “A la nación por la masculinidad. Una mirada de género a la crisis del 98”, en M. Nash, ed., *Feminidades y masculinidades*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 47-74.
- Baker, K. M. (2006): “El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución Francesa”, *Ayer*, 62, pp. 89-110.
- Bauman, Z. (2005): *Modernidad y ambivalencia*, Barcelona, Anthropos.
- Bernstein, S. (1992): “L’historien et la culture politique”, *Vingtième Siècle*, 35(1), pp. 67-77.
- Box, Z. (2015): “La dictadura franquista. Culturas políticas enfrentadas dentro del régimen político vencedor”, en I. Saz y M. Pérez Ledesma, eds., *Historia de las culturas políticas. Del franquismo a la democracia, 1936-1975*, Madrid, Marcial Pons, pp. 239-265.
- Bravo, F. (1939): “La canción de guerra y de amor de la Falange”, *Dolor y memoria de España: en el segundo aniversario de la muerte de José Antonio*, Barcelona, Ediciones Jerarquía, pp. 243-247.
- Caballero, R. e I. Ibarretxe-Antuñano (2013): “Ways of Perceiving, Moving, and Thinking: Revindicating Culture in Conceptual Metaphor Research”, *Journal of Cognitive Semiotics*, V(1-2), pp. 268-288.
- Cabrera, M. A. (2010): “La investigación histórica y el concepto de cultura política”, en M. Pérez Ledesma y M. Sierra, eds., *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 19-85.
- Capistegui, F. J. (2004): “La llegada del concepto de cultura política a la historiografía española”, en *Usos de la Historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, PUZ, pp. 167-185.
- Charteris-Black, J. (2004): *Corpus Approaches to Critical Metaphor Analysis*, Nueva York, Palgrave MacMillan.
- Charteris-Black, J. (2009): “Gran Bretaña como contenedor: metáforas sobre inmigración en la campaña electoral 2005”, *Discurso&Sociedad*, 3(3), pp. 467- 494.
- Chilton, P. (1996): *Security Metaphors: Cold War Discourse from Containment to Common House*, Nueva York, Lang.
- Chilton, P. (2004): *Analysing political discourse. Theory and Practice*, Londres, Routledge.
- Chilton, P. y G. Lakoff (1995): “Foreign policy by metaphor”, en C. Schäffner y A. Wenden, eds., *Language and Peace*, Aldershot, Ashgate, pp. 37-60.
- Chilton, P. y C. Schäffner (2002): “Introduction: Themes and Principles in the analysis of political discourse”, en P. Chilton y P. Schäffner, eds., *Politics as Text and Talk*, Fila, Amsterdam, John Benjamins, pp. 1-41.
- Cicourel, A. (2011): *Método y medida en Sociología*, Madrid, CIS.
- Cienki, A. (1997): “Metaphors and Cultural Models as Profiles and Bases”, en R. Gibbs y G. Steen, eds., *Metaphor in cognitive linguistics*, Amsterdam, John Benjamins, pp. 189-205.
- De Diego, J. (2009): “Lenguaje y cultura política: algunas consideraciones sobre teoría y método”, en J. Canal y J. Moreno Luzón, eds., *Historia cultural de la política contemporánea*. Madrid, CEPC, pp. 31-42.
- De Foxá, A. (1942): “Cómo nació la canción de la Falange”, en *José Antonio, fundador y primer jefe de la Falange, capitán de luceros ¡Presente!*, Madrid, Departamento Nacional de Prensa y Propaganda Sindical.

- Dirven, R. (1990): "Metaphor and Ideology", *Revue belge de philologie et d'histoire*, 68 (3), pp. 565-575.
- Eatwell, R. (1992): "Towards a New Model of Generic Fascism", *Journal of Theoretical Politics*, 4, pp. 1-68.
- Eatwell, R. (2014): "The Nature of 'Generic Fascism': Complexity and Reflexive Hybridity", en A. C. Pinto, A. Kallis, eds., *Rethinking Fascism and Dictatorship in Europe*, Palgrave Macmillan, London.
- Edelman, M. (1967): *The symbolic uses of politics*, Urbana, University of Illinois Press.
- Edelman, M. (1971): *Politics as symbolic action*, Chicago, Academic Press.
- Fernández Ramos, J. C. (2017): *Leviathan y la Cueva de la Nada. Hobbes y Gracián a la luz de sus metáforas*, Barcelona, Anthropos.
- Edelman, M. (2015): "Apuntes para una epistemología del análisis sociometafórico", *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, 4, pp. 11-64.
- Fernández Sebastián, J. (2009): "Conceptos y metáforas en la política moderna, Algunas propuestas para una nueva historia político-intelectual", en J. Canal y J. Moreno Luzón, eds., *Historia cultural de la política contemporánea*. Madrid, CEPC, pp. 11-30.
- Edelman, M. (2015). "Metáforas para la historia y una historia para las metáforas", en F. Godicheau, y P. Sánchez León, eds., *Palabras que atan. Metáforas y conceptos del vínculo social en la historia moderna y contemporánea*. Madrid, F.C.E., pp. 33-62.
- Formisano, R. P. (2001): "The Concept of Political Culture", *Journal of Interdisciplinary History*, 31(3), pp. 393-426.
- Gallardo Paúls, B. (2014): *Usos políticos del lenguaje*, Barcelona, Anthropos.
- Gallego Dueñas, F. J. (2013): "Sociometafórica del secreto", *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 57, pp. 1-27.
- Gallego, F. (2014): *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Crítica.
- García Serrano, R. (1979): *Diccionario para un macuto*, Barcelona, Planeta.
- Gendzel, G. (1997): "Political Culture: Genealogy of a Concept", *Journal of Interdisciplinary History*, 28(2), pp. 225-250.
- Goatly, A. (1997): *The language of Metaphors*, Londres, Taylor&Francis.
- Goatly, A. (2007): *Washing the Brain. Metaphor and Hidden Ideology*, Amsterdam, John Benjamins.
- Griffin, R. (1991): *The Nature of Fascism*, Nueva York, Palgrave.
- Hart, C. (2008): "Critical discourse analysis and metaphor: Toward a theoretical framework", *Critical Discourse Studies*, 5(2), pp. 91-106.
- Hawkins, B. (2001): "Ideology, Metaphor and Iconographic Reference", en R. Dirven, R. M. Frank y C. Ilie, *Language and Ideology, Vol. II*, Amsterdam, John Benjamins, pp. 27-51.
- Hazareesingh, S. (2007): "L'Histoire politique face à l'histoire culturelle: état des lieux et perspectives", *Revue historique*, 642(2), pp. 355-368.
- Héritier, F. (2007): *Masculino/Femenino. Disolver la jerarquía*, México, F.C.E.
- Ibarretxe-Antuñano, I. (2013): "The relationship between conceptual metaphor and culture", *Intercultural Pragmatics*, 10(2), pp. 315-339.
- Ingold, T. (2015): *Líneas. Una breve historia*, Barcelona, Gedisa.
- Íñiguez, L. (2003): *Análisis del discurso. Manual para las Ciencias Sociales*, Barcelona, UOC.

- Kallis, A. (2012): “El concepto de fascismo en la historia anglófona comparada”, en A. Mellón, coord., *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos*, Madrid, Tecnos, pp. 14-60.
- Kövecses, Z. (2010): *Metaphor. A Practical Introduction*, Nueva York, Oxford University Press.
- Labanyi, J. (1996): “Women, Asian Hordes and the Threat to the Self in Giménez Caballero’s *Genio de España*”, *Bulletin of Hispanic Studies*, 73(4), pp. 377-87.
- Laclau, E. y Ch. Mouffe, (1985): *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, Londres, Verso.
- Lakoff, G. (1987): *Women, Fire and Dangerous things. What Categories Reveal about the Mind*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Lakoff, G. y M. Johnson (1980): *Metaphors We Live By*, Chicago, University of Chicago Press (Traducción castellana: *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra, 2012).
- Leezenberg, M. (2013): “From Cognitive Linguistics to Social Science: Thirty years after *Metaphors We Live By*”, *Journal of Cognitive Semantics*, 5(1-2), pp. 140-152.
- Lizcano, E. (1999): “La metáfora como analizador social”, *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 2, pp. 29-60.
- Lizcano, E. (2006): *Metáforas que nos piensan*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- Mann, M. (2007): *Fascistas*, València, PUV.
- Martykánová, D. (2017): “Los pueblos viriles y el yugo del caballero español. La masculinidad como problema nacional en el regeneracionismo español (1890s-1910s)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 39, pp. 19-37.
- Mio, J. S. (1997): “Metaphor and Politics”, *Metaphor and Symbol*, 12(2), pp. 113-133.
- Morán, M. L. (2010): “Cultura y política: nuevas tendencias en los análisis sociopolíticos”, M. Pérez Ledesma y M. Sierra, eds., *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 87-131.
- Mosse, G. L. (2000): *La imagen del hombre. La creación de la moderna masculinidad*, Madrid, Talasa.
- Musolff, A. (2010): *Metaphor, Nation and the Holocaust. The Concept of the Body Politic*, Nueva York, Routledge.
- Nisbet, R. (1969): *Social Change and History*, Oxford, Oxford University Press.
- Pan-Montojo, J. y M. A. Peña Guerrero (2011): “Culturas políticas y transferencias político-culturales en los Estados sucesores de la Monarquía hispana, 1808-1914”, en Á. Barrio, J. de Hoyos y R. Saavedra, eds., *Nuevos horizontes del pasado. Culturas políticas, identidades y formas de representación*, Santander, Ediciones de la Universidad de Cantabria, pp. 219-233.
- Pastor García, B. (2015): *Análisis del discurso de Barack H. Obama desde la perspectiva lingüística discursiva de George Lakoff: elecciones 2008*, Tesis doctoral inédita, Universitat de València.
- Paxton, R. (2005): *Anatomía del fascismo*, Barcelona, Península.
- Paxton, R. (2013): “Franco’s Spain in comparative perspective”, en M. A. Ruiz Carnicer, ed., *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 13-25.
- Richards, M. (1999): *Un tiempo de silencio. La Guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1939-1945*, Barcelona, Crítica.

- Richards, M. (2001): “Biology and Morality in the Spanish Civil War: Psychiatrists, Revolution and Women Prisoners in Málaga”, *Contemporary European History*, 10(3), pp. 395-421.
- Rodríguez, S. (2006): “Cruzadas Modernas: el Caso del Tabaco”, *Empiria*, 12, pp. 125-140.
- Rodríguez Jiménez, J. L. (2000): *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza.
- Ruiz, J. (2014): “El discurso implícito: aportaciones para un análisis sociológico”, *REIS*, 146, pp. 171-190.
- Sanz, J. (2013): “Falangismo y dictadura. Una revisión de la historiografía sobre el fascismo español”, en M. A. Ruiz Carnicer, ed., *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 25-61.
- Saz, I. (2003): *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons.
- Saz, I. (2008): “La historia de las culturas políticas en España (y el extraño caso del nacionalismo español)”, en B. Pellistrandi y J.-F. Sirinelli, eds., *L'histoire culturelle en France et en Espagne*, Madrid, Collection de la Casa de Velázquez, pp. 215-234.
- Saz, I. (2010): “Las culturas políticas del nacionalismo español”, en M. Pérez Ledesma y M. Sierra, eds., *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 313-329.
- Saz, I. (2013): “Fascismo y nación en el régimen de Franco. Peripicias de una cultura política”, en M. A. Ruiz Carnicer, ed., *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 61-77.
- Saz, I. (2015): “Las raíces culturales del franquismo”, en I. Saz y M. Pérez Ledesma, eds., *Historia de las culturas políticas. Del franquismo a la democracia, 1936-1975*, Madrid, Marcial Pons, pp. 21-53.
- Schiffirin, D. (1994): *Approaches to Discourse: Language as Social Interaction*, Oxford, Blackwell.
- Scott, J. (2008): “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en J. Scott, *Género e Historia*, México, F.C.E., pp. 48-74.
- Serna, J. y A. Pons (2013): *La historia cultural. Autores, obras, lugares*, Madrid, Akal.
- Sewell, W. H. (2005): *Logics of History. Social Theory and Social Transformation*, Chicago, Chicago University Press.
- Sierra, M. (2010): “La cultura política en el estudio del liberalismo y sus conceptos de representación”, en M. Pérez Ledesma y M. Sierra, eds., *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 233-263.
- Sierra, M. (2015): “Entre emociones y política: la historia cruzada de la virilidad romántica”, *Rúbrica Contemporánea*, 4(7), pp. 11-25.
- Sirinelli, J. F. (1997): “Éloge de la complexité”, en J. P. Rioux y J. F. Sirinelli, dirs., *Pour une histoire culturelle*, Paris, Seuil, pp. 433-441.
- Sirinelli, J. F. (1998): “De la demeure à l'agora. Pour une histoire culturelle du politique”, *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 57, pp. 121-131.
- Soriano, C. (2011): “La metáfora conceptual”, en I. Ibarretxe-Antuñano y J. Valenzuela (dirs.), *Linguística cognitiva*, Barcelona, Anthropos, pp. 97-122.
- Spackman, B. (1996): *Fascist Virilities. Rethoric, Ideology, and Social Fantasy in Italy*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

- Thomàs, J. M. (2001): *La Falange de Franco: fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*, Barcelona, Plaza&Janés.
- Torres Delgado, G. (2017): “La nación viril. Imágenes masculinas de España en el africanismo reaccionario después de la derrota de Annual (1921-1927)”, *Ayer*, 106(2), pp. 133-158.
- Turner, V. (1975): *Dramas, Fields and Metaphors*, Ithaca, Cornell University Press.
- Underhill, J. W. (2011): *Creating Worldviews: Metaphor, Ideology and Language*, Edinburgh, Edinburgh University Press.
- Valenzuela, J. (2011): “Sobre la interacción lengua-mente-cerebro: la metáfora como simulación corporeizada”, *Revista de Investigación Lingüística*, 14, pp. 109-126.
- Van Dijk, T. (2003): *Ideología y discurso*, Barcelona, Ariel.
- Vincent, M. (1999): “The Martyrs and the Saints: Masculinity and the Construction of the Francoist Crusade”, *History Workshop Journal*, 47, pp. 69-98.
- Vincent, M. (2006): “La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 28, pp. 135-151.
- Yu, N. (1995): “Metaphorical Expressions of Anger and Happiness in English and Chinese”, *Metaphor and Symbolic Activity*, 10(2), pp. 59-92.